



ISSN: 1699-2849

Registro de propiedad intelectual *safecreative* nº 0910284775023

EL IMPRECISO ESTATUTO DE LA PSICOLOGÍA COMO CIENCIA Y SU TRATAMIENTO POR POLO

Urbano Ferrer

1. Preámbulo

No es fácil de entrada acotar un objeto formal adecuado para la Psicología¹ como ciencia. Una mirada a la historia de su constitución como ciencia positiva así lo muestra. En efecto, no merece esta consideración en la clasificación inicial de las ciencias de Augusto Comte debido a su uso de la introspección. Solo posteriormente Wundt y Fechner intentarán convertirla en ciencia experimental y aplicarle leyes medibles, como la proporcionalidad entre la intensidad de la sensación y el logaritmo del estímulo, pese a las dificultades que una tal medición presenta. Por otra parte, si atendemos a la división de las ciencias dentro de la tradición germánica entre nomotéticas e ideográficas, se ve que no encaja al cien por cien en ninguno de los dos grupos, ya que no es ciencia que termine en leyes generales y abstractas, pero tampoco es estrictamente biográfica

¹ En lo sucesivo el término psicología aparecerá en minúscula cuando se aluda a lo psíquico, mientras que la Psicología como ciencia se transcribirá en mayúsculas.

o irreductible a toda tipificación. En tercer término, no es una ciencia normativa o prescriptiva, sin ser por ello un saber meramente descriptivo de un territorio definido de antemano.

En otro aspecto, sus bases conceptuales, como el comportamiento, el carácter, los afectos o la personalidad son lo bastante fluidas como para que no se puedan operacionalizar; en términos de Philip Lersch los conceptos empleados no son delimitadores, sino más bien acentuadores sobre un fondo global². Una confirmación de ello está en que se diversifica en una pluralidad de corrientes psicológicas, tales como el psicoanálisis, la reflexología, el cognitivismo, la Psicología de las motivaciones de A. Maslow, la Psicología fenomenológica, la Gestaltpsychologie, el conductismo o la más reciente Psicología positiva norteamericana de Martin Seligman, sin que sea posible unificarlas entre sí.

En vista de ello y para indagar su estatuto epistemológico vamos a seguir en lo sucesivo la estrategia usada por Polo de cercar progresivamente aquello que entendemos por *lo psíquico*³, que es el rasgo que nominalmente tienen en común las distintas escuelas.

2. ¿Es un objeto lo psíquico?

La peculiaridad de lo psíquico es que no se trata de un objeto que pueda destacarse por sí, al modo de la Tierra, los actos humanos o los números. Más bien es algo que solo se halla previa atención a lo físico y a su movimiento característico, añadiéndoles las particularidades que los elementos físicos y el movimiento constitutivos de la naturaleza asumen distributivamente en los distintos vivientes. Así, cuando un viviente reacciona de un modo natural a su medio, no estamos sin más ante un

² Lersch, Ph, *La estructura de la personalidad*, Estudio preliminar: El puesto de Lersch en la Psicología contemporánea, Sarró, R, Scientia, Barcelona, 1971, XXVI.

³ Una aproximación al carácter diferencial de la psicología en línea con la obra de Polo y deslindándolo de la antropología trascendental es el de Martínez Priego, Consuelo, "La distinción poliana entre antropología y psicología", *Studia Poliana*, 13 (2011), 175-186.

suceso de la naturaleza, sino ante un comportamiento psíquico; o cuando un ser vivo expresa con arreglo a su naturaleza sus estados de ánimo, tenemos delante un hecho psíquico; o cuando el gato se asusta y se encierra en su madriguera, lo que vemos son unas gesticulaciones y movimientos psíquicos... Pero ¿qué es lo que se agrega a lo natural transformándolo en psíquico? Genéricamente lo llamamos vida, pero ahora importa ceñir aquello que las expresiones vitales incorporan a lo natural y que denotan en cada caso uno u otro psiquismo en el viviente.

En el lenguaje usual lo psíquico figura en locuciones como “una reacción así es acorde con su psiquismo”, “esta actuación es comprensible psíquicamente”, designando algo peculiar e irreductible que se trasluce en un modo de comportarse. Lo psíquico se muestra como un dinamismo ejercido espontáneamente con anterioridad a la presencia mental de los objetos. Polo lo caracteriza como “un punto de vista dinámico acerca de temas u objetividades”⁴.

Observemos, por otro lado, que esta indefinición dinámica es por principio lo que hace posible que lo psíquico pueda invadir los saberes normativos descargándolos de su normatividad, como en los psicologismos lógico y ético. El primero se introduce con la ambigüedad lógico-psicológica de los términos juicio, inferencia y semejantes, en tanto que se los puede referir tanto al juicio e inferencia lógicos con su estructura proposicional como a las operaciones de juzgar o de inferir asociadas *de hecho* al juicio y a la inferencia; este “de hecho” es lo que incrusta al correlato objetivo en el psiquismo, obviando su presencia ante la mente y las leyes lógico-formales por las que se rige. Lo lógico queda, de este modo, asimilado al funcionamiento de hecho de la mente sin que revele ninguna necesidad a priori. De un modo análogo, las valideces éticas a priori son inseparables de su aprobación *de hecho* entre otros rasgos psíquicos; pero si se carga a la cuenta de estos rasgos la regulación de lo ético, se obtura el paso a la normatividad moral específica

⁴ Polo, L., *Curso de Psicología general*, Obras, XXI, 2018, p. 23.

y se acaba disolviéndola en lo psíquico. Es lo que sucede por lo general en los planteamientos empiristas, arquetípicamente en Hobbes, Hume o Adam Smith, quienes resuelven las leyes lógicas y éticas en asociaciones psíquicas de la pasividad. Los dos tipos de psicologismo han sido debelados brillantemente por Husserl.

En todo caso, los psicologismos nos aleccionan de que lo psíquico en aislamiento, sin su versión a algo otro es pura inmediatez, que no revela nada. Un estado de ánimo en sí mismo, como el que comparece en una carcajada o en un sollozo, han de ser referidos a lo que está más allá de ellos para ser significativos; se puede sollozar de alegría o de dolor, y para descifrarlo hay que rebasar el instante psíquico e internarse en una trama narrativa. Otro ejemplo: un arrebatado de cólera puede obedecer a una obcecación o, por el contrario, a una indignación justa; también en este caso hemos de trascender la intermediación psíquica para averiguarlo.

La insustancialidad de lo psíquico, aisladamente tomado, se pone al descubierto en el estadio estético de Kierkegaard a través de las múltiples caretas que adopta en él la desesperación del existente. Son caretas o disfraces que se acumulan como una multitud de instantes deshilvanados, a modo de puntos de vista huidizos o sin arraigo. Lo psíquico a su nivel se halla sin salida, sostiene Polo: haga yo lo que haga o no haga nada, va a parar a la pared del tedio, que lo encapsula. Sólo podría salir de ahí, a juicio de Kierkegaard, eligiendo el elegir, vale decir, rebasando los estados de ánimo instantáneos y dando así paso, más allá de las posibilidades vacías, a la implicación ética del propio yo, recobrado en su verdad.

Lo psíquico como punto de vista requiere un objeto íntegro al que dirigirse. La exclusividad del punto de vista es también característica del psicoanálisis, pero ahora en forma de reconstrucción hermenéutica de un Ello situado en el pasado, como simple espontaneidad libidinosa desencadenante. Es un método carente de todo soporte objetivo, que sustrae de la narración reconstruida a la conciencia, poniendo en su lugar un conflicto latente entablado y encauzado en el inconsciente. Según Polo:

“La versión freudiana de ‘lo psíquico’ es oscilante. Por tratarse de un dinamismo inicial que no es el yo ni objetivo –por inconsciente– debería dejarse sin determinar (es el *Ello*). Pero en tal caso la hermenéutica dejaría de ejercerse. Por entrar en conflicto con todo tema debería declararse que no tiene sentido”⁵.

Si, como acabamos de ver, lo psíquico expelle a la objetividad mental, parece que, siguiendo a Polo, habremos de acudir metodológicamente a la concausalidad extramental, en pugna con la mente y por la que se reconocen los acaeceres en la naturaleza. Pero en ese caso el interrogante que se nos abre ahora es qué dinamismo hay que introducir en la naturaleza para apresar el objeto de la Psicología.

3. El dinamismo psíquico como contrapuesto a otros dinamismos

El psiquismo comporta un movimiento en el viviente, como renovación incesante y constitutiva. Pero el término movimiento adolece de gran imprecisión por aplicarse, además, tanto en el ámbito de la mecánica como en el orden físico, aparte del movimiento circular o geométrico. Y como no se daría el dinamismo psíquico sin los otros tipos de dinamismo, empezaremos fijándonos en ellos para luego resaltar lo distintivo del primero, señalando los tránsitos semánticos de unos géneros de movimientos a otros.

En relación con el movimiento mecánico, se ha subrayado que las condiciones de funcionamiento de las leyes de la mecánica de Newton no parten de la visión espontánea, sino del mirar intencional⁶. Solo así se hace posible la indistinción de partida entre los estados iniciales e inerciales de reposo y los de movimiento rectilíneo uniforme, mientras no esté actuando sobre ellos una fuerza externa que los transforme en movimiento uniformemente acelerado. A su vez, la aceleración no es la

⁵ CPG, 154.

⁶ Saumells, R., *Fundamentos de matemáticas y de física*, Rialp, Madrid, 1965.

variación de la velocidad en el espacio, tal como lo encuentra el ver sensorial, sino que la variable de la que depende es el tiempo, fingido objetivamente por la imaginación. En tercer lugar, tampoco el cuerpo de la mecánica viene dado a los sentidos externos con sus dimensiones visibles, en la medida en que se lo reduce a una masa carente de espacio interior o inextensa y trasladable por el espacio vacío homogéneo. De aquí deriva la noción de corpúsculo electromagnético, contrapuesto al campo de fuerzas.

Pero tampoco el vacío que rodea la masa del cuerpo puede ser físico en tanto que tal, ya que no existe físicamente un movimiento sin rozamientos ni sin respectividad a los otros cuerpos; por lo que el espacio isotópico newtoniano es un espacio ideal, obtenido por la imaginación. En otros términos: la formulación matemática del dinamismo de los cuerpos es heterogénea con su dinamismo físico. En el movimiento mecánico tanto el cuerpo necesita del vacío, como trayectoria por la que desplazarse, como el vacío necesita de cuerpos que lo llenen, actuando, así, ambos como anverso y reverso. Es un movimiento diseñado entre dos cuerpos, el que se mueve y el que le sirve de referencia, pues la inestabilidad y fugacidad del movimiento hace que no baste con el móvil como cuerpo único, sino que se precise también de aquel otro que como fuerza externa determina sus variaciones mientras se está moviendo. Es, en suma, un movimiento en el que se han pasado por alto los influjos intercorpóreos variables, así como el comienzo del mismo, anterior a su dependencia de la fuerza que le transmite la variación mecánica.

Si se lo compara con el movimiento en su sentido físico o natural, se advierte que se ha prescindido en los cuerpos mecánicos de los elementos (*stoiceia*) de que físicamente constan. No solo no cabe mecánicamente un movimiento cualitativo ni menos aún una transformación sustancial, sino que el desplazamiento local que se asigna en exclusiva al cuerpo mecánico está carente de toda locación natural, en el sentido aristotélico. Su antecedente remoto se encuentra en el

atomismo griego, que a su vez resulta de la multiplicación del ente parmenídeo.

He aquí un nítido contraste con el movimiento intrínseco al viviente, en tanto que este no es dependiente de una fuerza o motor ajenos. Tener vida equivale a tener en sí mismo el principio de sus movimientos, según Aristóteles. De acuerdo con ello, la medida del movimiento vital no podría ser la unidad espacial dimensionante, sino el tiempo unidireccional orientado, que a diferencia de la distancia espacial no es descomponible en unidades.

Otra diferencia entre los dinamismos mecánicos y los psíquicos viene de que los cuerpos inertes están ligados a los otros por leyes funcionales, mientras que el viviente se relaciona constitutivamente con el medio externo, está en interacción con él. A la individualidad del ser vivo le corresponde una relación más o menos consolidada con su entorno o ambiente, que se va incrementando conforme la individualidad como intimidad se hace a su vez mayor. Esta individualidad es lo que le protege de ser absorbido por el medio. Las formas en que se manifiesta son también dinámicas, pero en ningún caso se resuelven en un intercambio a partes iguales con el medio, como el que pudiera haber entre dos sistemas que se beneficiaran mutuamente del trueque.

Por tanto, el estado de inercia no hace referencia a propiedades internas del cuerpo. "El movimiento inercial, en su exterioridad misma, es sin cuerpo: el cuerpo está añadido; tal adición significa que el cuerpo sigue igual, inalterable, *único*, porque el movimiento es exterior... Así pues, el movimiento inercial es ciertamente *precisivo* del cuerpo único"⁷. Por ello, para efectuar el tránsito del movimiento inercial al movimiento físico se ha de reemplazar la pura exterioridad del primero por el moviente o sujeto del moverse, al que le acaezca moverse. El movimiento físico deja de ser, pues, un estado del que se parte para ser tomado como un efecto, cuya causa eficiente es extrínseca al móvil.

⁷ Polo, L., o.c., 243.

Por más que la teoría de la relatividad restringida torna problemática la distinción en términos absolutos entre reposo y movimiento, cuando se trata del viviente, sin embargo, hallamos en él mismo una estabilidad o reposo internos en medio de su motilidad. Supongamos a modo de ejemplo que un pasajero de un barco está en reposo o bien se está moviendo en el interior de su camarote, el cual camarote, por su parte, está navegando dentro del buque o bien está encallado por relación a las olas del mar, que lo empujan en su moverse, y el oleaje está en relación con el viento que lo arrastra, etc. Pero, en último término, esta relatividad de unos y otros movimientos está asentada sobre el suelo terrestre, que da sentido a los desplazamientos por él, no menos que al modo en que poseo una posición fija y unas cinestias, respecto de las cuales se hacen posibles los movimientos propios y los del entorno.

A ello se refiere Husserl: "Yo no sufro desplazamiento; permanezca quieto o camine, tengo por centro a mi cuerpo y tengo en torno a mí cuerpos físicos que reposan y se mueven y tengo un suelo sin movilidad. Mi cuerpo tiene extensión, pero para él no hay cambio de lugar o su contrario, en el sentido en que un cuerpo exterior se da alejándose o acercándose si se mueve, cerca o lejos si no se mueve. Aunque tampoco el suelo sobre el que mi cuerpo camina, o no lo hace, se experimenta como un cuerpo físico desplazable por entero o no desplazable"⁸. En un sentido hasta cierto punto semejante sostiene Polo que la objetivación de una trayectoria en el espacio solo se puede ejercer apelando a la sensación de mi cuerpo y a la sensibilidad externa⁹. El contexto de esta tesis poliana está en mostrar que la objetivación más lograda del principio de inercia no es la espacial por ser connotativa de mi corporalidad, sino la

⁸ Husserl, E, *La Tierra no se mueve*, Trad. de A. Serrano de Haro, Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense, Madrid, 1995, 25.

⁹ Polo, L, CPG, 260.

que incluye al tiempo, aunque sea a costa de dejar de lado la trayectoria en el espacio.

El movimiento físico se aproxima al vital en que ambos implican la consistencia del moviente, pero el segundo se diferencia del primero en que no le sobreviene al cuerpo debido a un concurso de causas, sino que impregna y penetra sin residuos a su sujeto en su relacionalidad constitutiva con el medio ambiente, de modo que, en vez de acaecerle pasivamente por influjo causal, es lo que identifica activamente al viviente.¹⁰ Aquí no cabe hablar de un *telos* que dirigiera desde fuera la actividad biopsíquica, como en la manufactura técnica en tanto que regida por un arquetipo externo, sino que el telos o programa viviente está inscrito en las células germinales del ADN y se despliega interna y externamente en el curso de su realización como individuo. Polo acostumbra repetir con Aristóteles la sentencia de que *vita in motu*. En este sentido se formula la caracterización del movimiento en el viviente por Hans Jonas: "Advertimos que la mismidad en cuestión es poseída por el 'individuo' mismo, no atribuida a él *qua* objeto; se origina con su propia actividad de intercambio, no con la categorización de nuestra mente o la tosquedad de nuestra percepción. En pocas palabras, es un carácter real, no ideal, suyo"¹¹. En otros términos: no hay un sujeto indiferenciado que permanezca incólume a las acciones vitales que se suceden en el individuo.

En el ascenso del movimiento mecánico lineal al físico y al psíquico ocupa un puesto más próximo a este último el movimiento circular. A diferencia del movimiento lineal, no es prolongable *indefinidamente* en el

¹⁰ Con ello nos trasladaríamos de la segunda a la cuarta dimensión del abandono del límite, al instalarnos en el puente entre la persona y aquello de que dispone, como mantiene Barbosa Brou, M.C., *El estatuto científico de la Psicología según Leonardo Polo*, Síndéresis, Madrid, 2023, 634. No obstante, aquí trataré de lo psíquico al nivel de la sustancia viviente, que es como lo aborda Polo en su *Curso de Psicología general* y en sus *Lecciones de Psicología clásica*, en que por el momento no hace mención de la sindéresis.

¹¹ Jonas, H, *Philosophical Essays: From Ancient Creed to technological Man*, Prentice Hall, New Jersey, 1974, 90.

espacio, por lo que tampoco requiere objetivación por parte de la imaginación. Se trata más bien de un recorrido cerrado en sí mismo, en el que falta el desplazamiento de un punto de partida a un término. Cualquiera de sus puntos puede tomarse como inicio o como final. La unidad de la circunferencia obedece a una configuración formal a cargo de la inteligencia¹², que comparece psíquicamente en la ley de completud o pregnancia de la forma. También supera al movimiento físico porque en la circunferencia no cabe el sucesivo reemplazamiento de unas fases por otras. El acto de conformar la circunferencia es completo en sí mismo: ni está compuesto de partes ni es prolongable en el espacio ni en el tiempo.

El cuerpo físico tiene en común con la circunferencia no estar inscritos en el espacio. Pero mientras el cuerpo está provisto de espaciosidad interna, la circunferencia es forma pura, de la que derivan todas las otras figuras espaciales. La formación de la circunferencia no depende de un punto de vista psíquico, sino que se corresponde figurativamente del todo con el acto intelectual. No hay diferencia entre esta circunferencia singular y la circunferencia, ya que no es cada una un ejemplo de la idea de circunferencia, al modo como las distintas clases de triángulos ejemplifican el triángulo en general según el ajuste particular entre sus lados y ángulos; la circunferencia es única, más allá de su singularidad espaciotemporal, además de ser ella el origen en el que coinciden las líneas rectas como tangentes suyas o las cónicas, que modulan su proyección en el espacio. Por tanto, la circunferencia no se define por su génesis espacial a partir de la regla y el compás, sino que se configura en congruencia objetiva con el acto intelectual sin necesidad de soporte material imaginativo.

Nos acercamos de este modo a lo distintivo del movimiento vital como intrínseco y conformador del individuo viviente. Supera el dinamismo físico porque no tiene un término externo, que lo cese desde

¹² Cf. la obra de Saumells, R., *La geometría euclídea como teoría del conocimiento*, Rialp, Madrid, 1971, citada reiteradamente por Polo.

fuera, sino que con él el viviente se gana a sí mismo. En su dinamismo es a la vez moviente y movido, sin que se puedan disociar ambos componentes. Tampoco el ser movido resulta de una objetivación, sino que es un ser movido *realmente por* el ponerse en movimiento. Y no cabe desde luego separación temporal entre los momentos activo y pasivo. En este aspecto podría simular la unidad del movimiento circular, del cual se distingue sin embargo patentemente porque no se plasma en una figura objetiva, sino que acontece realmente.

4. El dinamismo de la praxis como objeto de la Psicología

Por lo ya expuesto, podemos diferenciar dos sentidos de movimiento: el uno, provisto de un comienzo y un cese, debidos a otros movimientos (y en último término al proceso cíclico del universo), al que podemos llamar con los griegos cinético (de kinhsis), y el otro, que se realiza en el viviente, estando presidido por su forma o programa genético y terminando en él o siéndole inmanente, movimiento al que se puede designar con el nombre griego de praxis, por el que el ser vivo se autorrealiza (Polo lo denomina también con el término griego metabolé (metabolh)). Así pues, los distintos temas de la Psicología como ciencia confluyen en la praxis, en tanto que tiene a la causa formal del viviente por globalizadora de los dinamismos que concurren en él.

Por contraposición al movimiento causado desde fuera, el movimiento práxico presenta los siguientes rasgos: a) tener su inicio y su término (no su cese) en un mismo agente; b) esto es posible por estar el viviente constitutivamente en crecimiento, como un hacerse más él mismo, a lo que denominamos tener una edad; c) ser el moviente una totalidad unificante de una pluralidad de movimientos heterogéneos. Desglosaré a continuación estas características del dinamismo vital como tema de la Psicología.

En primer lugar, el movimiento vital es *automoción*, poniendo el acento en el *autós*. El viviente no preexiste a su dinamismo biopsíquico, sino que es en él donde manifiesta su mismidad como viviente; es un dinamismo que no solo no le sobreviene modificándole, sino que le hace reconocible como un ser en acto o *substancia*. El vivir es su propio ser, en términos aristotélicos. *Vivere viventibus est esse*. Sin la reposición continua de sus células y sin su memoria vital no solo dejaría de estar vivo, también cesaría de ser. Lo que hace de enlace entre sus movimientos biológicos y sus capacidades psíquicas es la memoria (tomada en su sentido más amplio, sin restringirla al acto de recordar). En efecto, ya en sus operaciones vegetales mínimas, como son la nutrición y el crecimiento, se encuentra una primeriza memoria potencial, por la que los momentos primeros de estas operaciones no se pierden, sino que se conservan en los que les siguen, permitiendo así la realimentación del viviente. La memoria de las otras partes orgánicas está igualmente latente en cada uno de los componentes del organismo, que es propiamente en su unidad quien se desplaza, se nutre, crece, está en interacción con el medio, etc.

En segundo lugar, de las operaciones elementales la fundamental es el crecimiento (a nivel individual y reproductivo), a la que se ordena la nutrición y en la que se refleja la unidad del viviente como coordinando los distintos miembros y órganos, especializados cada uno en una función. El crecimiento no es una dilatación, efecto sobre él del calor, ni una adición a lo que ya posee, sino un incremento en su unidad de ser sí mismo, ya reconocible desde el comienzo. Imperfectamente se lo puede comparar al desarrollo de una sinfonía, que es la misma desde los primeros compases, aunque necesite de una secuencia progresiva para su despliegue completo. Por ello, el tiempo en el viviente no resulta de aplicarle una medida o número (arísmos) del movimiento, como en los procesos físicos, sino que afecta al ser uno que se incrementa, con su *edad* propia.

Un tercer rasgo del dinamismo del viviente, aludido en lo anterior, está en no ser meramente eficiente o desencadenante, sino estar presidido por una *forma* o principio de unidad, distribuido en una serie heterogénea de principios próximos de actividad, a los que llamamos facultades. El principio unitario de cada ser vivo es lo que Aristóteles entiende por alma o *forma sustancial*, informante del organismo. Esta unidad no recae sobre un agregado de elementos, pues son elementos que se renuevan de continuo a lo largo de la vida; pero si, pese a ello, el viviente se mantiene en su mismidad, es porque el elemento formal que lo constituye no se reduce a sus componentes organizados desde fuera, como es el caso de un artefacto, en tanto que desmontable y recomponible en sus partes, sino que se comporta como el acto al que debe su existencia. Es al organismo en su unidad al que se atribuyen las operaciones, y no a sus principios inmediatos, que intervienen como encauzadores de estas, diferenciadas de acuerdo con sus respectivos objetos formales, pero no desperdigadas.

Se revela de este modo que la unidad del viviente obedece a una causalidad propia en concurrencia con la mera presencia del objeto a la mente, en este caso es la triple causalidad material, formal y eficiente que hacen de él con toda propiedad una substancia independiente de su ser pensada; es una substancia hilemorfoérgica, tal que actúa desde sí misma en intercambio con su medio nutricional.

Pero ¿por qué con el dinamismo viviente se origina el objeto de la Psicología como ciencia? ¿No se superponen distintos dinamos en las distintas formas de vida? ¿Cómo estudiarlos conjuntamente como único tema de la Psicología, si están diferenciados? Es una réplica con la que podría contraargumentarse a todo lo anterior y que voy a tratar de hacerle frente a continuación.

Al nivel más elemental de vida, encontramos que en la nutrición el movimiento cinético es introducido en el movimiento orgánico, pero cambiado de signo en razón de la inmanencia vital: en lugar de tratarse

de un proceso que tenga su cese, se invierte el sentido del proceso, transformando gradualmente la materia inerte por asimilación al viviente. La inmanencia vital se hace presente entonces como praxis, por contraposición al movimiento físico. Como hemos visto, este nuevo tipo de movimiento como tema de conocimiento cualifica a la Psicología como una ciencia distinta de la Filosofía natural. Y si nos fijamos en las otras operaciones vivientes vegetales, advertimos que no forman meramente una serie, sino que la inmediatamente superior integra a las anteriores acomodándolas a un nivel mayor de inmanencia: así, el crecimiento, a la vez que se monta sobre la nutrición, queda todo él retenido en el viviente, sin expeler residuos. Y si pasamos de una a otras formas de vida, encontramos análogamente que las vidas sensitiva e intelectual implican en el organismo las funciones vegetales en un sentido no externo o acumulativo, sino de progresiva inmanencia del viviente unitario.

Polo denomina a estos procesos en su conjunto expansión vital: "Se ve que la vida es algo así como una expansión que, aunque tenga lugar en un individuo, es supraindividual, un expansionamiento supraindividual. Dicho de otro modo: en el movimiento vital lo que ha ocurrido, por lo menos, es que todo el transcurso del movimiento ha sido retenido en el viviente, que ha mantenido las modificaciones. El movimiento no simplemente ha pasado, por así decirlo, epidérmicamente con relación al viviente, o fuera de él, o en su puro contacto con el exterior, sino que ha ocurrido de tal manera que ha creado un dentro, se ha producido una interioridad, una inmanencia. Y, por tanto, las modificaciones han sido conservadas"¹³.

Este sentido ascensional está incluido en el objeto de la Psicología como lo que la hace extensiva a los distintos niveles de conocimiento, de apeticiones y de afectos y, correlativamente, a los objetos especificadores de las correspondientes operaciones hasta rozar con la Antropología trascendental y la Metafísica. Sería desafortunado, por consiguiente, hacer

¹³ Polo, L., *Lecciones de Psicología clásica*, Obras, XXII, 2015, 36.

del psiquismo el objeto de la Psicología, por cuanto existe un único viviente, que es a la vez orgánico y anímico. Mientras mencionar el organismo tiene su sentido en atención a la unidad de los órganos en un cuerpo vivo, la unidad psíquica se caracteriza por ser el acto o forma sustancial del viviente, que confiere su unidad corporal al propio organismo, frente al carácter amorfo del psiquismo.

Por último, el individuo psíquico no se limita a ejemplificar unas notas genéricas, sino que en tanto que substancia impregna sus propios caracteres distintivos: así, el hombre tiene como un *proprium* el *ridere* o risibilidad, pero el modo como se manifiesta el reírse hace visible la individualidad de cada uno. La individualidad se acusa, así, psíquicamente. De aquí que en Psicología estén entrelazados los dos caracteres aparentemente antitéticos señalados al comienzo, que son lo normativo-general y lo descriptivo-individual. Lo individual no se presenta aquí, por tanto, como un caso, sino como signo real del objeto estudiado, fronterizo con la Antropología trascendental. Y si los conceptos psicológicos no están nítidamente delimitados, sino que destacan sobre un fondo inabarcable, como también se mencionó al inicio de la exposición, es porque, como modos de ser, lindan con el ser estudiado por la Metafísica, rebasando todo perfil objetivo.